

¿TIENE SENTIDO LA TELEVISIÓN PÚBLICA? FUTURO, PRESENTE Y PASADO

Manel Mateu i Evangelista*

Resumen: La televisión pública debe adaptarse a los nuevos tiempos, a las nuevas tecnologías, y, tener en cuenta los nuevos hábitos ciudadanos y el mestizaje cultural cada vez más imperante en nuestras sociedades. Hay que encontrar modelos permanentes de financiación que no sean una sangría para el erario público pero que garanticen sin embargo la viabilidad y futuro de la televisión pública. Un futuro que se ha de construir con la implicación de los ciudadanos, definiendo un modelo profesional, plural y independiente del poder político que emita contenidos de calidad con vocación de servicio público.

Palabras-clave: televisión pública; televisión privada; financiación; servicio público, interés general y multiculturalidad.

Abstract: Public television has to adapt to modern times, to new technologies and to keep in mind the new habits of the citizens and the culture miscegenation that becomes more and more imperative in our societies. It will have to find permanent models of financing programs that won't bleed out public treasury but which will assure most of all feasibility and future to public television. A future that has to be built with the participation of all citizens, defining a professional model, plural and independent from political power and that can emit quality contents with a vocation of public service.

Key words: public television; private television; financing programs; public services; general interests, and multiculturality.

* Doctorado en Ciencias de la Comunicación y Licenciado en Periodismo por la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB). Profesor Asociado de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la UAB del Departamento de Comunicación Audiovisual y Publicidad. Responsable de investigación televisiva del MIGRACOM (Observatorio y Grupo de Investigación en Migración y Comunicación). Periodista de TV3, Televisión de Cataluña.

En plena efervescencia de las Tecnologías de la Información y de la Comunicación, las denominadas TIC, en plena implantación de la Televisión Digital Terrestre, la TDT, en una etapa donde todavía no se han agotado todas las potencialidades comunicativas del cable y del satélite, ni de sus sinergias, surge una vez más en países como España, en el continente europeo, el cuestionamiento de la televisión pública y su viabilidad.

Falso es el dilema de optar entre televisión pública o televisión privada, y excluir una de ellas, o pensar que no pueden coexistir y que no puede haber un desarrollo simultáneo de los dos modelos también.

La pertinencia de la televisión ha sido, desde su nacimiento, informar, formar y entretener. Y, estas tres funciones fundacionales siguen teniendo sentido hoy, tanto para la televisión pública que ha de priorizar su función y objetivos de servicio público para la mayoría de ciudadanos en sus respectivos ámbitos comunicativos como para la televisión privada, que prioriza lógicamente la rentabilidad económica y que su función principal es la de ganar dinero.

Pero, tanto en las televisiones públicas como en las privadas, siempre ha habido un interés del poder político por controlar el medio audiovisual para ser utilizado como arma ideológica. Este amor de los políticos por la televisión no es nuevo, desde los famosos debates televisivos de los candidatos demócrata y republicano, en las elecciones presidenciales en Estados Unidos, (los primeros a finales de los años 50 y hasta hoy) con la intención de convencer a los ciudadanos indecisos y de consolidar los votos de una u otra opción, hasta ejemplos mucho más tristes, como orientar toda una programación televisiva a perpetuar regímenes dictatoriales. No solo ejemplos crueles y terribles como el de Ceausescu en Rumania – muchos más dictadores en la mayoría de países de la órbita de la ex-Unión Soviética han hecho de la televisión un instrumento de propaganda poderosísimo. Y también en otros continentes se ha utilizado la televisión para deformar la realidad en beneficio de minorías gobernantes. No es ni mucho menos exclusivo de Europa, otros regímenes totalitarios en América, África y Asia han sabido utilizar la televisión como arma política, concededores de la gran capacidad penetradora e influyente de la televisión. El medio de comunicación que llega a más personas simultáneamente y que mayor influencia ejerce en los ciudadanos, el que más conmueve y puede movilizar sentimientos, gracias al lenguaje audiovisual que no sólo apela al cerebro si no también al corazón. Ahí radica pues, el gran problema de la televisión, el de la pública y el de la privada. El control político y los sistemas de financiación del medio que además están íntimamente relacionados, condicionan el devenir de la televisión, junto con los cambios tecnológicos y los hábitos cotidianos de los ciudadanos.

El imperio comunicacional, pero fundamentalmente televisivo de Berlusconi en Italia, demuestra sobradamente hasta que punto es necesaria y fundamental la televisión para los intereses políticos, como el canal más importante a través del cual vehicular los mensajes. Los estudios de recepción demuestran que la televisión no gana unas elecciones, pero que sí que ayuda mucho.

Y es bastante determinante para la movilización ciudadana en las urnas. En los últimos años también está asumido que lo que no sale en televisión no existe, y de ello son conscientes no sólo los políticos, sino también los empresarios, los sindicatos y cualquier entidad o asociación que aspira a ejercer un poder y una influencia social. Todos ellos son sabedores que el protagonismo que les puede dar la televisión, el minuto de gloria, es el más rentable mediáticamente. De ahí que la televisión sea pública o privada es codiciada por todos para beneficio y divulgación de sus intereses. Esto lo sabem la derecha y la izquierda política. Aunque para muchos sean términos superados políticamente hablar de derecha y de izquierda, pero habrá que ponerle un nombre a las tendencias y a pesar que los grandes partidos suspiran por el centro, esa franja de ciudadanos que inclinan la alternancia política en un sentido u otro, los partidos de nuevo cuño, los más modernos se autodenominan simplemente demócratas o liberales. Y por supuesto que hay demócratas de derechas y de izquierdas, y liberales de izquierda y de derecha. E, históricamente la derecha se ha erigido en defensora de lo privado y la izquierda de lo público.

Ese culto a la libertad del individuo se aplica a todos los ámbitos sociales. Libertad de empresa, de pensamiento, de religión... conlleva ciertas trampas, ya que en el caso de la comunicación, las televisiones privadas gozan de un marco muy flexible (con una televisión privada tengo la libertad de emitir aquello que quiera y además ganar dinero, y aunque en momentos determinados no lleguen a salir las cuentas, siempre es una plataforma de proyección para otros negocios, para beneficio de amigos y sectores afines).

Es cierto que las regulaciones del sector audiovisual en Europa y en otros países avanzados además del libre mercado y la libertad de empresa acotan unas ciertas reglas del juego.

Sería poco edificante, por ejemplo, ofrecer pornografía en horarios infantiles, o series con gran carga de violencia. En este sentido es justo reconocer el gran papel desempeñado por los Consejos del Audiovisual de muchos países europeos, principalmente en primer lugar y más antiguo el francés y en el caso español el catalán, (CAC)¹ con un ganado y reconocido prestigio internacional. De hecho de la Unión Europea, España y Luxemburgo son los únicos estados en que no existe un Consejo Audiovisual.

Pero la regulación igual que lo público tiene muchos enemigos, y ya se sabe, la desregulación es la mejor arma para tener la absoluta libertad de hacer en cada momento, en cada noticia, en cada programa lo que más interese y beneficie, y supone la coartada perfecta para saltarse códigos deontológicos o derechos profesionales que ha costado muchos años conseguir.

.....
¹ El Consejo del Audiovisual de Cataluña (CAC) es el organismo regulador del audiovisual en Cataluña, con capacidad sancionadora y que entre otras competencias tiene las de proteger el pluralismo, la dignidad humana y el principio de igualdad. Creado por la Ley 8/1996, de 5 de julio, del Parlamento de Cataluña.

En España, en Cataluña, y en muchos otros países europeos el gran problema de la televisión pública es que en realidad ha sido y ha funcionado como televisión gubernamental, a disposición de los gobiernos de turno. En el caso de TVE,² el baile de presentadores y directivos se produce cada vez que cambia el gobierno, ahora socialista, ahora popular, (centro izquierda y centro derecha) y entre los favores y intereses de unos y otros se ha ido construyendo un monstruo comunicacional que en épocas de pocas alegrías financieras, lleva siempre a la consabida receta de la regulación de plantilla para racionalizar los gastos. Las televisiones autonómicas en España tuvieron la virtud de romper el monopolio que ejercía TVE, pero han adolecido desde su nacimiento de los mismos problemas al supeditarse al gobierno autonómico de turno. Si bien en el caso español, en las nacionalidades históricas como Cataluña, Euskadi y Galicia han servido como factores fundamentales de normalización de las lenguas y culturas respectivas, catalán, vasco y gallego, han desaprovechado los cambios de color en el gobierno para construir un verdadero modelo público, con criterios de profesionalidad, pluralismo e interés general.

Digamos pues que el modelo público de televisión en España, está muy alejado de los modelos europeos más clásicos como el británico y el francés, con una gestión más profesional y con un funcionamiento con mayor independencia del poder político.

Las televisiones locales, la mayoría dependientes de los Ayuntamientos (gobiernos locales) han seguido los mismos pasos que sus hermanas mayores: ser un instrumento de promoción y propaganda de la obra de gobierno de los partidos gobernantes. Reproduciendo criterios de presencia en pantalla en función de la mayor o menor representación política y no en función de la actualidad y novedad informativa y del interés general.

Las televisiones locales privadas también han seguido el camino marcado por sus madres, las televisiones privadas estatales que en muchos casos ejercen un papel de contrapoder y contra propaganda de lo público. Con este panorama la política ocupa demasiados minutos de televisión, muchos de ellos simplemente de declaraciones irrelevantes o de intercambio de críticas e insultos. Y con ello, los criterios informativos se desvirtúan. La información política no puede ni debe reducirse a lo que piensan, hacen o dicen los líderes políticos o los partidos, las sociedades de hoy son mucho más plurales que lo que representan las formaciones políticas, y el tejido social se compone de innumerables asociaciones, entidades y organizaciones de todo tipo que han de ser tenidas en cuenta a nivel comunicativo. Igualmente se ha de contar con los denominados movimientos y organizaciones alternativas.

.....
² TVE (Televisión Española) cadena estatal creada en 1955. Ha ostentado el monopolio de la televisión en España, hasta el 1983 que nacen las primeras cadenas autonómicas en Euskadi y en Catalunya.

Tampoco la participación ciudadana puede reducirse a unas elecciones cada cuatro o cinco años. La ciudadanía ha de poder expresarse a diario y sobre todo ante acontecimientos de vital importancia para el país. Y es aquí dónde la televisión pública debe jugar un papel de instrumento democratizador a disposición de todos los sectores sociales y de la ciudadanía en general. En democracias maduras y avanzadas el interés público no debe quedar solamente en manos de las formaciones políticas, y cuatro años es demasiado tiempo para enmendar decisiones erróneas que pueden llevar a procesos de degradación irreversibles. Iniciativas como las surgidas en el Forum Social Mundial de Sao Paulo, de presupuestos municipales participativos, o la intención de Lula en Brasil de acabar con la pobreza o impulsar el proyecto “hambre cero”, son vías de profundización democrática que merecen divulgarse y aplicarse en otras partes del planeta, adaptándolas a los contextos respectivos.

¿Qué nos cuesta al ciudadano la televisión? La televisión es realmente el medio de comunicación más caro y costoso. En principio la privada se financia básicamente mediante la publicidad, y, otros ingresos menores como la venta de producciones y productos. La pública la pagamos todos, en el caso español, a través de los presupuestos del Estado que dedican un porcentaje a su financiación y también en menor porcentaje con ingresos publicitarios y venta de producciones y productos. A diferencia de otros países europeos que el ciudadano paga un impuesto o canon por tenencia de televisor, o por recibir la señal televisiva, los españoles contribuyen a mantener la televisión pública (que ha ido incrementando anualmente su endeudamiento) a través del impuesto de la renta que también sirve para financiar servicios básicos como la sanidad y la educación. Este hecho, de no tener un impuesto específico, y de no tener una cantidad finalista dedicada a la televisión por ciudadano, da la sensación que la televisión pública es gratuita. Y todo lo contrario, un minuto de televisión es muy caro y nos cuesta mucho a cada ciudadano. Quizá un impuesto directo concienciaría al ciudadano y lo haría más exigente a la hora de reclamar producciones de calidad y de verdadero servicio público.

En los últimos diez años las televisiones públicas y privadas en España han competido por la audiencia con las mismas armas, a través de la política de fichajes de grandes estrellas que han alternado ahora la pública ahora la privada en función de las ofertas millonarias sin tener en cuenta el perjuicio para la pública y para el bolsillo de todos. A través de la compra y recompra de programas y series sobre todo provenientes de los Estados Unidos que han funcionado bien en otros países, y a través de la compra de derechos de retransmisiones deportivas en exclusiva: fundamentalmente fútbol, tenis, automovilismo y motociclismo. Esta guerra atroz por las audiencias no beneficia a nadie y supone una escalada vertiginosa y sin límite de los costes. En España las privadas ya superan en audiencia a las públicas, pero con unos costes enormes para los telespectadores y los profesionales del medio audiovisual. Las privadas para pagar en exclusiva retransmisiones como la Fórmula 1,

o la compra de las series más famosas del mercado audiovisual, se ven obligadas a contratar más anuncios publicitarios, que suponen una mayor fragmentación de la programación. Así, una película estándar de 90 minutos de duración, en la televisión privada te obliga a estar delante del televisor prácticamente el doble de tiempo a causa de los cortes publicitarios con gran cantidad de anuncios, a los que hay que sumar los propios clips de autopromoción de la cadena y de sus programas más seguidos. Lo mismo sucede con todo tipo de programas, además muchos de ellos están sponsorizados por determinadas marcas comerciales que ensucian en exceso la imagen y el contenido dando la sensación a veces que nos encontramos ante el escaparate de un supermercado o un comercio que no, ante la pantalla plana del televisor. Y hoy en día, con un ritmo de vida cada vez más acelerado, no hay nada más caro y precioso que el tiempo.

En el ámbito profesional a excepción de las grandes estrellas y directivos, las privadas pagan salarios por debajo de la pública a sus propios trabajadores y a las productoras que contratan provocando una precarización laboral. Esta situación desorbitada lleva a un sin sentido al que hay que poner remedio. La solución no puede ser ahora de golpe como pretenden algunos gestores y directivos de las televisiones públicas, hacer drásticos recortes de plantilla, rebajar los salarios o pretender solventar la deuda acumulada año tras año de un plumazo. Tampoco la de imitar las producciones más degradantes de las televisiones privadas y los formatos de telebasura aunque puedan tener un seguimiento masivo. La ciudadanía necesita evasión y entretenimiento pero no a cualquier precio, y la pública debe tener sus ámbitos de contenidos de calidad que no tienen por que ser aburridos. El talento y la creatividad han de competir con los mayores medios y presupuestos que a veces tiene la privada. Los gestores y políticos no pueden caer en la tentación de reducir la existencia de la televisión pública a una simple presencia testimonial.

La televisión pública debe recuperar el objetivo fundacional de la formación que en los últimos años ha dejado bastante de lado y abrirse a los nuevos fenómenos sociales y culturales. A los grandes retos de la humanidad, la preservación del planeta, la investigación de las enfermedades incurables, la promoción de la paz, la lucha contra el terrorismo, y la búsqueda del diálogo y el pacto entre civilizaciones.

La multiculturalidad imperante cada vez más en las sociedades modernas debe reflejarse también en la programación de la televisión pública y la escuela y la universidad han de servir y servirse de la televisión como herramienta complementaria a la educación infantil, juvenil y de los adultos. Igualmente la televisión debe aprovechar la interactividad que facilitan las tecnologías digitales e implementar las sinergias con Internet y la informática en general. Ya se está llegando tarde a algunas convergencias tecnológicas de básicamente tres industrias, telecomunicaciones, informática y audiovisuales.

La diversidad y el pluralismo cultural deben estar representados en la televisión pública obligatoriamente y a ser posible con unos mínimos en la privada para potenciar el conocimiento mutuo de lo diferente que en ningún caso debería ser desigual. Por ello, la apuesta por la multiculturalidad no debe ser solo un objetivo paternalista o exótico de las televisiones, el pluralismo real debe reflejarse también en ellas. La universalidad ha de estar garantizada en las televisiones públicas y estas han de huir de la antropología cultural centrada exclusivamente en valores de identidad nacional, se tiene que reforzar la cohesión social y tener en cuenta el nuevo orden mundial, que tal como describió ya hace diez años Samuel P. Huntington³ y ha avalado la realidad política, económica y social posterior, hoy impera un choque de civilizaciones por diferencias ideológicas y religiosas que se superponen con la lucha por los recursos energéticos y la hegemonía militar ante la emergencia del fundamentalismo islámico y la aceleración económica del continente asiático. El mundo ha de apostar por el multilateralismo con diversos centros políticos, económicos y sociales, y la televisión pública por la multiculturalidad, difundiendo y divulgando las diversas culturas además de la propia contribuyendo a la formación y al conocimiento global, parcial y local de las personas. Para ello debe romperse el monopolio y el unilateralismo cultural televisivo de los Estados Unidos, y potenciar la producción y coproducción a nivel europeo, y ayudar al desarrollo televisivo en África y Asia. También debe potenciarse la coproducción e intercambio de programas con la denominada América Latina y fortalecer la producción en español como segundo idioma más hablado en el mundo que ya es, detrás del inglés.

Los otros dos objetivos fundacionales de la televisión, la información y el entretenimiento deben potenciarse equilibradamente y de manera independiente respecto al poder político y a los intereses comerciales. También en sociedades democráticas se ha de mantener una escrupulosa independencia de otros poderes fácticos como los grupos económicos, la Iglesia o el Ejército. La programación ha de ser atractiva para audiencias familiares, y también segmentada para telespectadores infantiles, juveniles y adultos. Y hay que arriesgar en la búsqueda y creación de contenidos cualitativos e innovadores.

La información ha de ser imparcial, contrastada, ecuaníme, precisa, exacta y plural. Y debe respetar el derecho a la intimidad de las personas y defender los derechos humanos.

La recuperación del aspecto formativo de la televisión pública también debe aplicarse a la información y los programas informativos que deben tener igualmen-

.....
³ Samuel P. Huntington profesor de la Universidad de Harvard, autor de "El choque de civilizaciones y el nuevo orden mundial".

te una función pedagógica como instrumento divulgador y socializador del conocimiento sin caer en la vulgarización.

Por todo ello hay que concluir que la televisión pública tiene sentido, lo tuvo en el pasado en su génesis y en sus primeros años, lo tiene en el presente aunque con nubarrones negros amenazantes, y lo tendrá en el futuro porque es cultura, porque forma parte de nuestras vidas y porque todavía y gracias a la nuevas tecnologías tiene unas potencialidades didácticas por experimentar para beneficio de amplios sectores sociales y de la ciudadanía en general.

La evolución y la adaptación a las nuevas situaciones tendrá evidentemente costes, pero sería un error imperdonable que no deberíamos permitir el dejar morir lentamente la televisión pública. Puede estar enferma pero tiene cura, y en este proceso de racionalización deben participar los profesionales, e implicar a la sociedad, la solución no vendrá solamente por estrictos criterios empresariales como si se tratara de una televisión privada. Una parte del remedio puede estar en afrontar de una vez por todas como resolver la financiación de la televisión pública de forma transparente, con un modelo permanente e independiente de las decisiones políticas del gobierno de turno.

Si el modelo de financiación implica la sociedad y sus ciudadanos, quizá liberará a los políticos de su obsesión por controlar el medio audiovisual, y la televisión dejará de ser un objeto de disputa partidista. La solución es difícil pero no imposible, y cualquier modelo aplicable debe contemplar el rendir y hacer públicas las cuentas y los fines de las inversiones.

Los gestores de la televisión pública deberían regular también los fichajes y contratos millonarios con cláusulas que al menos establecieran una moratoria de al menos un año, antes que el profesional que abandona la pública pueda desarrollar las mismas tareas en la televisión privada. Es legítimo que la televisión pública se proteja ante determinadas voracidades del mercado audiovisual.

Y el legislador también debería someter las licencias de las televisiones privadas a unos mínimos de producciones de calidad. Y a garantizar una proporción lógica y equilibrada de contenidos informativos, culturales, deportivos y de entretenimiento o simplemente de ocio. También son necesarios unos mínimos de programación formativa que permitan a televisiones públicas y privadas competir lealmente en condiciones similares aunque cada una con sus especificidades y peculiaridades.

Debería revisarse la actual injerencia de la publicidad en los informativos, al menos en la televisión pública, que en Europa se pudo preservar hasta hace unos años, y que los más ilusos pensábamos que nunca los anuncios obligarían a fragmentar los telenoticias. Lo que en la prensa de prestigio sigue hoy claramente diferenciado en forma y contenido y visualmente a simple vista, entre información y publicidad, y entre información y opinión ha de poderse también garantizar al menos en la televisión pública. Hay que ser valiente y claro, y explicarles a los telespectadores lo que se

les ofrece, sus características y su coste. Y el camino de ofrecer una programación de televisión privada en la pública no es el adecuado.

Llenemos de sentido el futuro de la televisión pública, con ingenio, con creatividad, con valores de modernidad, solidaridad, respeto, tolerancia, flexibilidad, justicia, diálogo, y, no sucumbamos ante la mediocridad, la vulgarización y los programas basura. Como todos pagamos, como todos la mantenemos, no dejemos que la televisión pública se llene de excentricidades y de programas vacíos de contenido y de bajo nivel cultural, seamos responsables y exijamos el servicio público que merecemos para el interés general de nuestra sociedad, presente y futura.

Todo ello es muy urgente en España, justo cuando estamos a punto que la TDT suponga una multiplicación de la oferta y por lo tanto una mayor fragmentación de las audiencias. Lo peor es que si no ponemos remedio, el ciudadano se va encontrar con una oferta pública y privada con contenidos homogéneos de poca calidad, y por tanto tendremos más canales, pero en realidad menos oferta y por tanto, imposibilidad de escoger.

REFERÊNCIAS

HUNTINGTON, Samuel P. *El xoc de civilitzacions i el nou ordre mundial*. Barcelona: E. Proa, 2006.

Hacia una nueva política audiovisual. Madrid: Ecija & Asociados Abogados S.L., 2005.